

Exvotos en Cataluña: del Jardín de María a la novela Solitud. Evolución de las prácticas devocionales

Maria Gargante Llanes ¹

DOI: <http://dx.doi.org/10.4025/rbhranpuh.v12i34.47286>

Resumen: Nuestro trabajo tiene como objetivo realizar un estado de la cuestión sobre la presencia de exvotos en Cataluña a partir de dos fuentes escritas: una topografía mariana del siglo XVII, que constituye un censo de santuarios dedicados a la Virgen donde se contienen descripciones y se menciona la presencia de exvotos, y una novela de principios del siglo XX. En dicha novela, Solitud, los exvotos cobran una importancia fundamental en uno de los episodios claves para su protagonista femenina. Finalmente, analizaremos como se han modificado, sobre todo a partir de la segunda mitad del siglo XX, las prácticas devocionales que han llevado a suprimir los exvotos tradicionales a favor de un “higienismo” y una austeridad que ha relegado al museo a los exvotos antiguos, y ha convertido los santuarios actuales en espacios sin exvotos, donde el favor de los fieles es solamente “tolerado”, evitado o retirado casi de inmediato.

Palabras Clave: exvoto, Cataluña, barroco, devoción

Exvotos in Catalonia: from the Jardín de María to the novel Solitud. Evolution of devotional practices

Abstract: Our work aims to make a state of the issue about the presence of votive votes in Catalonia from two written sources: a Marian topography from the 17th century, which constitutes a census of sanctuaries dedicated to the Virgin where descriptions are contained and the presence of votive offerings is mentioned, and a novel from the beginning of the twentieth century. In this novel, solitude, votive votes take on a fundamental importance in one of the key episodes for its female protagonist.

¹ Doctora en Historia del Arte por la Universidad de Barcelona. Postgraduada en Museos y Educación (Universidad de Barcelona) y en Interpretación ambiental y del patrimonio (Universidad Oberta de Catalunya). Docente en varias universidades catalanas (Universidad de Barcelona, Universidad Autónoma de Barcelona y Universidad de Girona) y francesas (Université de Toulouse-le-Mirail y Université de Perpignan-Via Domitia). Investigadora postdoctoral en el Departamento de Arte y Musicología de la Universidad Autónoma de Barcelona y profesora asociada en la Universidad Pompeu Fabra.. E-mail: gargantemaria@gmail.com

Finally, we will analyze how, especially since the second half of the twentieth century, the devotional practices that have led to the suppression of traditional vows in favor of "hygiene" and an austerity that has relegated the museum to ancient vows, and has turned the current sanctuaries into empty spaces, where the favor of the faithful is only "tolerated", avoided or withdrawn almost immediately.

Keyword: exvoto, Catalonia, baroque, devotion

Ex-votos na Catalunha: do Jardim de Maria à novela Solitud. Evolução das práticas devocionais

Resumo: Nosso trabalho tem como objetivo pesquisar a presença de ex-votos na Catalunha, a partir de duas fontes escritas: uma "topografia mariana" do século XVII, que constituiu um conjunto de santuários dedicados à Virgem, e que continha descrições e mencionava a presença de ex-votos; e um romance do início do século XX. Neste romance os ex-votos têm importância fundamental em um dos episódios chave para sua protagonista feminina. Finalmente, observaremos como mudaram, especialmente desde a segunda metade do século XX, as práticas devocionais que ajudaram a suprimir as oferendas votivas tradicionais em favor de uma "higiene" e austeridade que tem legado ao Museu os ex-votos antigos, e tornou os santuários atuais espaços "quase sem ex-votos", onde apenas são tolerados, evitados ou removidos quase que imediatamente.

Palavras-Chave: exvoto, Catalunha, barroco, devoção

Recebido em 20/03/2019 - Aprovado em 15/04/2019

Exvotos en los santuarios catalanes: una mirada desde la historiografía moderna y la topografía mariana del Padre Camós

Cerca de la fuente ateniense de Eneacrunos se encontró un magnífico relieve de mármol en el que Lysiamachides ofrece una escultura de gran tamaño que representa una pierna varicosa, fuese para solicitar su sanación o para dar las gracias a Asclepio (cuyo santuario se hallaría próximo) por el favor recibido. Esta imagen, que vino a mi memoria a través de su publicación en un muro de Facebook, nos ayuda a ratificar la atemporalidad del concepto de "exvoto" u ofrendas que, en forma de presentes, regalos o joyas pueden ser todos aquellos objetos que se han ofrecido a la a la divinidad, pagana o cristiana; llámese Asclepio o la Virgen de Montserrat, en cumplimiento de un voto o promesa recibida a cambio de la ayuda solicitada en una circunstancia muy extraordinaria, a menudo relacionada con el peligro de la vida: una enfermedad que parece incurable, una caída por un precipicio, un enfermo postrado en la cama, una tempestad en el mar, etc.

Pueden ser objetos de cera –cirios y velas o que representen el cuerpo entero o aquella parte que se ha curado-, metal –oro, plata o latón-, ropas y vestidos para la Virgen (ya en el contexto cristiano), varios instrumentos o cuadritos pintados que representan la intervención benéfica divina en las enfermedades, desgracias y adversidades (VERT, 1987 i AMADES, 1952). El antropólogo Joan Prat considera que todos estos elementos formarían parte de un intercambio simbólico entre el devoto y la imagen:

“Los fieles –uno de los polos de la diáda que interactúa- ofrecen al ser sobrenatural –la Virgen en nuestro caso- sus dones, y a cambio ruegan y “exigen”, también mediante el lenguaje formalizado y ritualizado del culto (oraciones, misas, rezo del mes de María, de novenas y rosarios, cántico de himnos, goigs, etc.), su protección, indulgencia y socorro. El grado de protección y generosidad se evalúa por la cantidad y calidad de los favores recibidos en una especie de ‘doy para que me des’ no demasiado alejado de las estructuras del intercambio económico igualitario y del intercambio simbólico” (PRAT 1989, 242-243)

Tal como asegura Raymon Sala, “*les ermitages assuren tainsi une convivialité qui ressemble autour du saint et hors du temps les générations passées, présentes et futures*” (SALA 1996, 283). Sin duda, los exvotos contribuían a la cohesión entre la comunidad y devenían el testimonio material del milagro o la gracia que la Virgen les había otorgado a ellos o a sus antepasados.

Testimonio de esta relación entre lo sagrado y la comunidad serían ya las representaciones de exvotos que aparecen en la pintura medieval, uno de cuyos ejemplos en el arte catalán sería la obra de Jaume Huguet, donde se representa el sepulcro de San Vicente con exvotos colgando en la parte superior.



Imagem 1

Incluso en imágenes artísticas de carácter más popular como los grabados (xilografías), la presencia visual de los exvotos se pone de manifiesto, como en las estampas que se realizaron para difundir el culto al recién canonizado San Isidro en 1622. Estampa que fue reproducida por algún escribano de la Comunidad de presbíteros de la parroquia de Santa María del Pino en Barcelona, que con motivo de la llegada de la reliquia del santo a la ciudad en 1623, dibuja en el libro de Acuerdos de la Comunidad la imagen de San Isidro arrodillado y con una serie de exvotos colgados en la parte superior, donde destacan lo que incluso parecen vulvas femeninas.

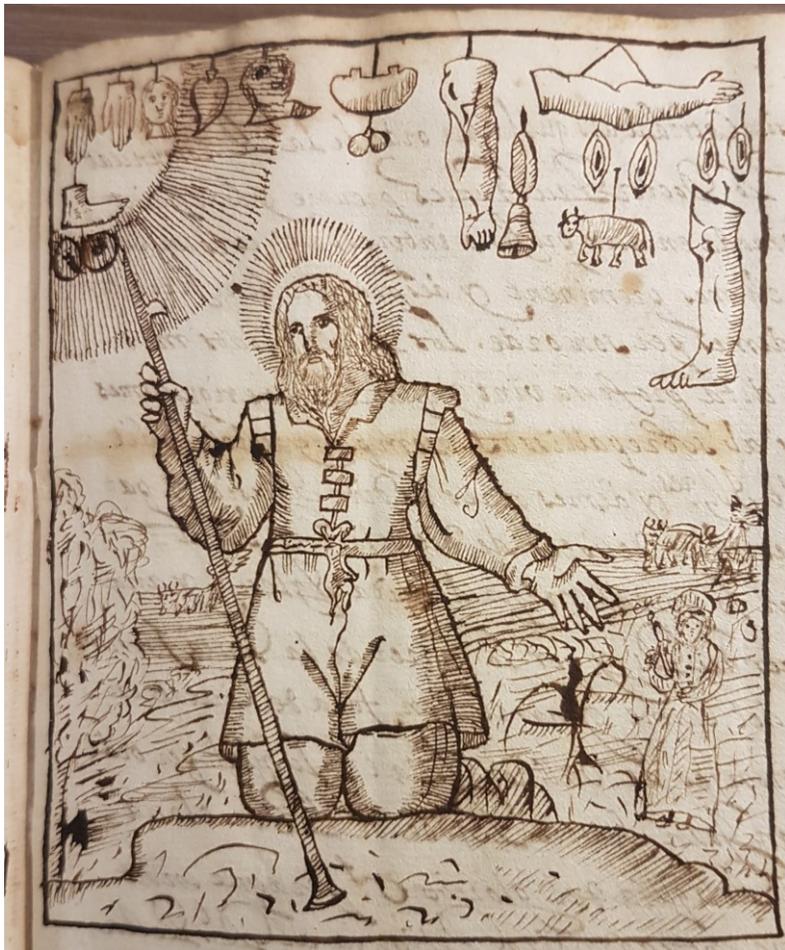


Imagem 2

Pero también sabemos de la presencia de dichos exvotos a través de textos y documentos acerca de determinados santuarios, incluso por la descripción de dichos santuarios que aparecerá especialmente durante la época moderna. De este modo, la historiografía barroca existente sobre los santuarios catalanes se enmarca dentro de la historiografía eclesiástica y de tradición mariana, fuertemente arraigada en la geografía del Principado para testimoniar su religiosidad, tal y como también se da en Castilla, Aragón o Navarra. Entre los clérigos historiadores destacan los frailes dominicos, humanistas del siglo XVII, como Francisco Diago, autor de una *Descripción de Cataluña* (1605) i de un

episcopologio gerundense (1601–1606), Antoni Vicenç Domènec, autor de la *Historia general de los santos y varones ilustres en santidad del principado de Cataluña* (Barcelona, 1602 i Girona, 1630). Todos ellos escriben en la línea de considerar a Catalunya como uno de los territorios más piadosos de la Península Ibérica, donde el cristianismo creció y prosperó en paralelo a su formación histórica como pueblo, en el momento en que se expulsaba a los musulmanes (BARÓ 2005 i 2008). El padre jesuita Pedro Gil, a inicios del siglo XVII, doblaba el mérito añadiendo que Catalunya, a pesar de su vecindad con Francia, nunca había cedido al protestantismo (GIL 2000, 44).

En Cataluña, el punto de inflexión y en cierto modo la cúspide de este proceso destinado a enaltecer especialmente la figura de la Virgen –y defenderla de las dudas y los ataques del protestantismo– es el libro (deudor seguramente del *Atlas marianus* del jesuita Wilhem Grumpenberg²) elaborado por el padre dominico Narcís Camós (Girona–†Barcelona, 1664), titulado en su primera edición, *Jardín de María, plantado en el principado de Cataluña: enriquecido con muchas imágenes de esta celestial Señora, que como planta divina descubrió en él milagrosamente el cielo, y adornado con muchos templos y capillas dedicadas a su sabrosísimo nombre*, y que fue impreso por primera vez en 1657 en Barcelona, en una segunda impresión ampliada en Girona a finales de 1772 y aún una tercera edición contemporánea de 1949. Sin duda, se trata de un libro caudal para estudiar la implantación de la devoción y el culto a María en Catalunya, superando de largo cualquier veneración a santos, santas o a sus reliquias. Pero incluso el libro va más allá, puesto que en muchos aspectos desarrolla un tipo de trabajo histórico y metodológico completamente inédito y novedoso hasta el

² En relación al contexto europeo de la época, si hablamos de santuarios y devociones marianas, es imposible negligir una serie de obras fundamentales en el ámbito de las “topografías sagradas”, como es el caso del *Atlas marianus* del jesuita Wilhem Gumpenberg, que constituye un ambicioso estudio en el que empieza a trabajar en 1649 y cuyos primeros volúmenes aparecerán publicados en el año 1657 en latín y alemán. Estos se completarían en 1672 con una “*summa*” que recogía 1.200 santuarios de todo el mundo, incluyendo algunos de la América virreinal o incluso e las Islas Canarias. Se trataba, pues, de una obra que superaba las primeras topografías sagradas impresas como *María Augusta Virgo Dei para in septem libris distributa, sive historia, e narratio ad descriptio locorum, imaginum, templorum divae Virgini dicorum*, de Ferry de Loere (1608), la *Gallo-Flandria Sacra et profana*, de Jean Buzelin (1625) o la *Brabantia Mariana* d’Augustin Wichmans (1632) (CHRISTIN 2014, 309) En la relación de santuarios del *Atlas* tienen un peso específico los que se hallan ubicados en territorio de los Habsburgo, territorio católico por excelencia: España –entre los cuales Montserrat–, Sacro Imperio Romano Germánico –Mariazell, Viena, Bunzlau...–, sur de Italia y Países Bajos españoles –Cambron, Douai, Liège, Valenciennes o Lille. La obra consistía en noticias cortas sobre cada santuario, la narración de los milagros, el origen de la peregrinación y al final se indicaban las fuentes de información que había utilizado para documentarse. Cada santuario iba acompañado de un grabado que representaba a la imagen.² Posteriormente el dominico Vincent Laudum, elaborará un proyecto bastante complejo basado en cuestionarios para estudiar los santuarios marianos entre 1665 i 1668 (MAES 2008).

momento, introduciendo incluso lo que ya podríamos denominar “trabajo de campo”. El propio Camós afirma en la introducción del libro su intención de estudiar:

“todas, ò mayor parte de las Imagenes de Nuestra Señoras. Que milagrosamente descubrió el Cielo en el Principado de Cataluña, después de la turbulencia morisma que padeció: para que con ellas quedasse enriquecido, y aliviado. Visité sus Santuarios, y capillas en los años 1651, 52 y 53 en los quales padeció esta Provincia tantos trabajos de hambre, pestilencia y guerra. Dexo las incomodidades de los caminos, las quales fueron tantas, como se puede presumir, por las inclemencias de el tiempo, entre rígores del i(n)vierno, con fríos, y nieves: los ardones del Sol en el verano: la aspereza de los montes, y aun la soledad por los llanos: a lo qual tanto se sigue que considerar de fatigas. No desfallecí por esso” (CAMÓS s.n).

La visita personal a los lugares de culto se combina con entrevistas a muchos de los habitantes de dichos santuarios –ermitaños, clérigos, monjes, gente que vive y trabaja en el mantenimiento de los edificios y también busca testimonios de algunos aspectos milagrosos, siempre en primera persona. Finalmente, un tercer aspecto que tiene muy presente es la investigación documental, que tiene lugar en los propios santuarios, aunque en ningún momento se ve un cuestionamiento hacia la veracidad o fiabilidad de dicha documentación. Siempre menciona la poca documentación existente, hecho que atribuye a los numerosos conflictos armados, robos o accidentes (incendios, lluvias...) más que al poco cuidado de los curas custodios de los santuarios. La suma de todos los ingredientes que aporta Camós a sus estudios constituye una obra de referencia para historiadores, historiadores del arte, antropólogos, etnólogos o simples devotos. Se trata de un manual con gran variedad de advocaciones que ejemplifica, mezcla de cultos naturalistas y cristianos y que fue muy valorado ya durante los siglos del Barroco, gracias a la difusión impresa para la ilustración de religiosos y seglares y consigue que sus ambiciosos planes de rastrear, estudiar y documentar trasciendan los ámbitos puramente devocionales o espirituales. Asimismo, Camós da una gran importancia a las imágenes, sus aspectos formales y a los edificios que las albergan, de modo que describe minuciosamente tanto las imágenes como los espacios donde se ubican.

Posteriormente a Narcís Camós solamente hallamos al abogado Narcís Feliu de la Peña, que en el momento de elaborar sus *Annales de Catalunya* (publicado Barcelona en

1709), que tomará –o copiará directamente– información del *Jardín de María*, sin actualizar o verificar sus datos, por ejemplo, tal como aparece en el capítulo sexto del primer tomo, titulado “*De las Imagenes de la Virgen, que ha manifestado milagrosamente el Cielo en esta Provincia, de cuya invenciones no se ha podido hallar el tie(m)po*”. Creemos que también tuvo un efecto inspirador en la obra de Juan de Villafañe, *Compendio histórico en que se da noticia de los más célebres santuarios de España* –Madrid, 1740³.

Algunos ejemplos de las descripciones del padre Narcís Camós que incluyen referencias a los exvotos: En el santuario del Collell, poco antes de 1630 se habían contabilizado 89 muletas colgadas en el muro, que eran exvotos que invocaban no solo a la Virgen sino a San Ferriol, como santo taumaturgo de las enfermedades del caminar o las fiebres, más otros objetos que el Padre Camós describe:

“Otros muchos portentos hay en esta iglesia pintados, que ha obrado Dios por medio desta gran Señora, y obra siempre, como enseñan las muchas dádivas que le ofrecen de oro, plata, sedas, telas, paños, grillos, y otras cosas, con muchos cirios gruesos que tienen allí muchos de los lugares vezinos, y de aquellos que la visitan con processión”(CAMÓS 1772, 120).

También describe los existentes en el santuario de la Virgen del Mont: “*Ofrecenle muchas dádivas los Fieles, como de oro, plata, cirios, achas, quadros, muletas, y grillos: con que se enseña tenerle mucha devoción*”(CAMÓS 1772, 122). Entre los exvotos había objetos de gran valor, por lo que el cura custodio del santuario o ermita tenía que garantizar su seguridad y es por esto que se realizan frecuentes inventarios de los exvotos en dichos santuarios.

En el santuario de Queralt, Camós dice de la Virgen que “*tiene muy lindos mantos con que la adornan y visten, muchas casullas y frontales, con otras muchas dádivas de valor y muchos quadros*”(CAMÓS 1772, 389), mientras que de la Virgen del Lord destaca que “*tiene esta gran Señora cinco lámparas delante de su altar, una de las cuales es de plata y muy bella. Además desso*

³Durante la segunda mitad del siglo XVII y a lo largo del siglo XVIII asistimos a una eclosión de las monografías hagiográficas, centradas en la literatura mariana, en catalán y castellano, a menudo de carácter local. Pero la obra más representativa dentro de la historia hagiográfica local es la de Francesc Marés, *Història y miracles de la sagrada imatge de Nostra Senyora de Núria* (Barcelona, 1666), que tiene la particularidad de estar escrito y publicado en catalán. Todas estas obras poco tienen que ver con la nueva historiografía ilustrada, con nuevas visiones o nuevos propósitos, donde incluiríamos la exitosa edición –y múltiples reediciones– del *Flos sanctorum de las vidas de los santos* del padre jesuita Pedro de Ribadeneyra o las obras inéditas de Jaume Pasqual (Esparraguera, 1736–Bellpuig de les Avellanés, 1804), con el título *Sacrae Antiquitatis Cathaloniae Monumenta* (ANTON PELAYO, 2003).

tiene también muchos quadros y otras dádivas, que enseñan la mucha devoción que le tienen los fieles, pues agradecidos de tantos favores, le ofrecen todo aquello”(CAMÓS 1772, 398). Un siglo más tarde, en la visita pastoral de 1758 en la diócesis d’Urgell, un inventario de la capilla de la Virgen de Quadras, en All, describe de esta manera los vestidos de la Virgen: “*Uno de seda blanco con sus correspondientes cortinas, otro de damasco blanco y colorado, también con sus correspondientes cortinas; otro de damasco colorado, otro de damasquillo, otro de estofa de lana de diferentes colores y otro de seda, también de diferentes colores*”⁴.

Del santuario de Núria, Francisco de Zamora da cuenta de los favores que la alta nobleza otorgó al santuario: “*hay varias ofrendas de personas distinguidas de ambos Reinos, hallándose entre ellas últimamente un magnífico vestido que la Princesa Nuestra Señora regaló a la Virgen. El Duque de Gravina envió desde Roma un relicario de plata de mucho gusto, el año 1756. Hay un cáliz muy antiguo. Los demás ornamentos son regulares*” (ZAMORA 1983, 87-91), que complementa las informaciones del padre Camós: “*tiene muchos adornos, como mantos de seda y frontales guarnecidos de oro, y muchas dádivas de oro, plata, seda, y otras muchas cosas, con dos lámparas de plata*” (CAMÓS 1772, 223-224). Por otra parte, a la Virgen de Coral, en 1620, Jaime Sucases le regaló un corazón de plata que valía 6 reales (SERRES-BRIA 2012, 18).

Los exvotos más habituales, muy similares entre los siglos XVII al XIX, son los cuadrillos pintados que muestran la intercesión divina en el momento crucial: a un lado, normalmente a mano izquierda, aparece la visión milagrosa, mientras que a mano derecha se desarrolla la acción. De carácter naif e ingenuo, estas representaciones nos proporcionan valiosa información sobre vida cotidiana, vestidos y ropas, mobiliario doméstico, armas blancas o de fuego, sistemas de transporte y carruajes, etc. El padre Camós nos describe los de la Virgen del Pla:

“Es en fin muy devota, y frequentada, como de todo dan buen testimonio las muchas dádivas que le obrecen sus devotos, entre las quales hay muchissimosquadros, que sin duda es de la que tienen mas en Cataluña, en los quales se ven muchisimos portentos, y diferentes maravillas, que con sus devotos ha obrada Dios por ella” (CAMÓS 1772, 239).

Otra fuente documental interesante para comprender la naturaleza de los exvotos y como se emplazaban estos en el interior del santuario es la fotografía histórica o antigua, sobretodo la que en Cataluña situamos como anterior a la Guerra Civil española, es decir, anterior a 1936. En estas fotografías centenarias podemos ver la curiosa disposición de

4. Arxiu Diocesà d’Urgell: Visites pastorals (1758). All.

algunos exvotos, como es el caso del pequeño santuario de Puig Aguilar (Solsonès), dónde no sabemos si por falta de espacio en el interior, las fotografías muestran como los exvotos se situaban en el exterior de la iglesia, resguardados únicamente por el tejado que formaba un porche en la fachada del templo.



Imagem 3

Los exvotos en la literatura catalana contemporánea: la novela Solitud como paradigma

Muchos de los santuarios y ermitas catalanes tienen una relación directa, por su situación geográfica, con la montaña. Sin ir más lejos, el santuario más venerado y más visitado sin rival que pueda comparársele es Montserrat, ubicado en la famosa montaña de basalto cuyas caprichosas formas contribuyen a crear la aureola de “montaña mágica” que fue admirada por Goethe e incluso donde los nazis creyeron podía estar el Grial.

El componente mítico de la montaña en Catalunya vendrá de la mano, como es común en Europa, del romanticismo del siglo XIX y su búsqueda de la emoción y el sentimentalismo. Será en este contexto que nace el movimiento excursionista en Catalunya, que se convertirá en uno de los fenómenos cívicos, culturales y deportivos más importantes del país. También juega un papel clave en su aparición el interés por el contacto con la naturaleza, por el conocimiento del pasado y por el redescubrimiento de

lugares míticos y tradicionales en el imaginario catalán (ROMA CASANOVAS 2004, 139)⁵.

En esta línea y ante un mundo en transformación en el que se iban perdiendo las tradiciones, una personalidad como la del político Manel Milà Fontantals solo halla consuelo en la contemplación de los campanarios y las montañas, como pone de manifiesto en su obra *Amyorament* (Añoranza). De este modo, la consideración de una “esencia” catalana inherente a la montaña era avalada por el sacerdote y literato Jacint Verdaguer, sobretudo en su obra emblemática *Canigó*, poema épico con esta montaña del corazón de los Pirineos como epicentro. Es en este contexto que en 1894 se publica la tercera edición del libro *Los Pirineos*, de Víctor Balaguer, obra teatral en la que la historia y el folklore mítico catalán se mezclan y los Pirineos se convierten en recuerdo y evocación de glorias pasadas y amparo de libertad (ROMA CASANOVAS 2004, 226). Aparece también en esta época el concepto de “montaña catalana” como espacio bucólico y genuino, representado artísticamente por los pintores de la “Escola de Olot” como los hermanos Joaquim y Marià Vayreda o Josep Berga Boix y en literatura por las obras del también escritor Marià Vayreda, con obras como *Sanch nova* (1900). Todo ello contribuirá a crear una idea de “montaña política”, un ente social y una idea que pretendía intervenir en el destino de la nación, con la pretensión de construir una Catalunya tradicional, católica y carlista (ROMA CASANOVAS 2004, 236).

De este modo, también los fotógrafos podían recrear el bucolismo de raíz romántica de los paisajes pintados por Modest Urgell (1839-1919), donde los santuarios, ermitas o capillas aisladas tienen una presencia tan evocadora en ejemplos como *El toc d'oració* (1876, MNAC) o *Paisatge* (1876, Biblioteca Museu Víctor Balaguer). También la fotografía sería capaz de captar escenas donde se expresaba esta religiosidad popular tan arraigada, como nos sugiere otro referente pictórico como sería el cuadro del pintor de la antes mencionada “Escuela de Olot”, Josep Berga, que lleva por título *L'Aplec* (La romería), hoy conservado en el Museu de Montserrat.

⁵En 1876 se fundó la Associació Catalanista d'Excursions Científiques en Barcelona, de la que se escindió un grupo que crea a su vez Associació d'Excursions Catalana. Las dos entidades confluirán finalmente en 1890 en la creación del Centre Excursionista de Catalunya.



Imagem 4

Dentro de este contexto en el que la montaña se erige como referente literario, hallamos el magnífico ejemplo de la novela *Solitud* (Soledad), que se publicó por entregas entre marzo de 1904 y abril de 1905 en la revista *Juventut*, y finalmente se publicó en su conjunto como novela en agosto del mismo año. La obra se publicó con un nombre falso, Victor Català, el pseudónimo deliberadamente masculino de Caterina Albert, escritora nacida en una familia terrateniente y de clase acomodada en la población de l'Escala (Alt Empordà). Mujer libre e independiente, no se casó y a pesar de vivir toda su vida en l'Escala, tenía piso en Barcelona y pudo viajar a las principales capitales europeas de la época. Además de esta su novela cumbre, cosechó igualmente el éxito con *Drames rurals* y otras novelas y obras de narrativa breve.

La novela tiene como protagonista a Mila, una mujer joven que se ve obligada a seguir a un marido abúlico e indolente para ser los cuidadores de una ermita perdida en un paisaje montañoso y agreste. La novela narra el desasosiego interior de la protagonista, que intenta subsanar mediante la atracción amorosa por la figura del pastor, asexuada pero pura, un sentimiento de maternidad frustrada o incluso la emoción estética proyectada en la relación con los pocos personajes con los que interactúa. Finalmente, Mila será violada, en el interior de la propia ermita y al pie del altar, por el personaje de Ànima, que representa la brutalidad de la montaña y la sexualidad salvaje. Mila decidirá abandonar a su marido y dejar la ermita y la montaña. En su descenso a las tierras bajas

comprende que su propia realización pasa por el sentimiento de “soledad” (*solitud*), que le acompañará toda su vida, aunque deje atrás su soledad “física” en la montaña.

La montaña pasa a ser casi un personaje con un fuerte sentido simbólico, sobrepasando la función de “marco”. Los estudiosos de la obra literaria de Caterina Albert/Víctor Català han situado sus obras en la geografía que le era más próxima a la autora, de modo que la montaña de Solitud ha sido indetificada con la sierra del Montgrí, cercana a su población natal de l’Escala. Del mismo modo, la ermita donde se verá forzada a vivir la protagonista se identificaría con la ermita de Santa Caterina, en el corazón del Montgrí –aunque en la novela, la ermita lleve el patronímico de Sant Ponç (San Ponce).



Imagem 5

En realidad, y preguntada por la cuestión en una entrevista que le hicieron en 1926, la autora negó la identificación con dicha ermita y afirma que se trata de un lugar imaginado, que fue tomando cuerpo a medida que iba avanzando la escritura (GARCÉS, 1926). En cualquier caso, lo que en nuestro caso nos interesa es poner el foco en la minuciosa descripción literaria de los exvotos que se hallan en la ermita de la novela y que tiene lugar en el capítulo que lleva el título de “Limpieza”, evocando la limpieza frenética a la que se entrega la protagonista, Mila, como ermitaña, cuando se hace cargo del

cuidado de la ermita junto a su marido y ante la proximidad de la festividad primaveral de San Ponce. Veamos algunos fragmentos:

“Y, por su parte, los exvotos, aquellos bracitos y piernecitas enclenques que parecían miembros desgajados de niños muertos, aquellas muletas resudadas por manos sucias, aquellas cabelleras arrancadas de las cabezas que las aguantaron, y aquel florecimiento inmenso de tablillas oscuras que se incrustaban en paredes y pilastras, le parecían cosas capaces de atraer todos los males que contaban y lamentaban, con un cinismo lóbrego de lisiado. Por eso, tan pronto tocaba con la punta de los dedos tanta reliquia polvorienta de la enfermedad, un escalofrío la sacudía de arriba abajo y retiraba vivamente la mano, dejando la ingrata tarea para después, siempre para después, como con la vaga esperanza de que alguien se cuidara de realizarla.

Y volvía a repasar los altares, a sacudir el polvo de las losas y a cambiar de sitio los cirios: aquel bosque de cirios de todas las medidas, algunos tan gruesos como brazos y piernas de hombre y todos rodeados de guirnaldas, de letras doradas, de papeles rizados y chillones” (pp. 65-66).
(...)

“Y con una fogarada de despecho, sacó del pozo un cubo de agua, cogió jabón y estropajo y se fue a la capilla. Sola allí con una prisa agitada que parecía multiplicarle las manos, la emprendió con los exvotos, empezando por las tablillas. Una a una las fue descolgando, quitándoles el polvo, lavando, rascando, hasta que perdieron todo rastro de la pátina que el tiempo y la suciedad les habían ido dando. Y fue para la mujer una sorpresa tranquilizadora ver brotar, bajo la áspera maraña del estropajo, un mundo desconocido, y lleno de colores abigarrados, de objetos y de escenas identificables: montañas que recortaban sobre el cielo sus crestas simétricas como quijadas de encajes; mujeres que caían desgrefñadas por las escaleras abajo; caballos rojos desbocados en prados de esmeralda; casitas

de feria devoradas por grandes incendios; barcos de través, con toda la tripulación alineada en cubierta alzando los brazos al cielo, como íes griegas de silabario... Un relampagueo deshecho de tonos violentos, de posturas de una plástica bárbara y extraordinariamente expresiva, donde aparecía, infantil, un arte efectista y candoroso del que brotaba una especie de encanto recóndito, de perfume silvestre, que llegó hasta Mila, arrumbado poco a poco su prevención y desvelando en ella curiosidades pasajeras, relámpagos de simpatía, estremecimientos nada ingratos que de inmediato la dejaban perfectamente tranquila. Desde aquel momento las tablillas pasaron a ser para ella objetos corrientes; y cuando, ya limpias y resplandecientes, como acabadas de hacer, las extendió al sol para que se secaran, hasta le hicieron reír. Se comparó con el Viejo de los romances, un hombre larguirucho y flaco que todos los años, por la feria, iba al pueblo y ponía su tablado en la plaza, de extremo a extremo de las paredes del herrero: un despliegue imponente de papeles de colores doblados por el medio y colgados de cordeles tirantes. En aquellos papeles, que la dejaban boquiabierta de niña, también había incendios, caídas, gente arrastrada por el suelo... faccias extremosas de todo tipo, y actitudes y leyendas aún más extremosas que las faccias. Igual que en las tablillas, sin mayor diferencia que decir *desgracia* en aquellos y *milagro* en estas y no haber en los primeros ningún santo en devoción, mientras que en las segundas no faltaba nunca san Ponç en un rinconcito cualquiera, en un cerco de nubes, con la eterna mano alzada y la otra soldada a la mula pastoral” (pp. 67-68).

(...)

“Aquel prestigio tan extendido del santo, pregonado por todo lo que ella veía, era lo que Mila no podía entender muy bien; y, de pronto, alzando los ojos para mirarlo con atención meditativa, procuraba, con todo el esfuerzo de su voluntad, encomendándose a él con respeto y veneración; pero un escepticismo inconsciente la llenaba de dudas y le

hacia sentir de manera confusa que siempre habría algo incompatible, como una secreta enemistad, entre ella y el glorioso patrón de la comarca.

Este santo no parece un santo como los otros, meditaba. Se diría que me acecha con una malicia oculta...

Y, para distraerse de aquella impresión, que la inquietaba muy a su pesar, se lanzaba de nuevo a la tarea con redoblado empuje” (pp. 68-69).

(...)

“Después de las tablillas pintadas, les tocó el turno a los huevos de avestruz llegados del otro extremo del mundo y colgados de hilos de torzal; a los barcos no mayores que un puño, llenos de corajes y poleas como los grandes; a las cabelleras ásperas y crujientes como manojos de espigas, que, cortadas al cercén y muertas hacía muchos años, parecían aún soltar un tufo a sudores insanos; a los zapatos contrahechos, como pezuñas, que calzaron pies deformes; a los rosarios traídos de Jerusalén y con cuentas grandes como almendras, a ... a tantas cosas heterogéneas como se apilaban con un embrollo jeroglífico en aquel cubil de devociones, dándole un aire de bazar morisco” (p. 69).

(...)

Pero, de entre tantos objetos que nada le decían, hubo uno que conmovió especialmente a Mila. Era un vestido de seda blanca, guarnecida con encajes antiguos de finura imponderable. La seda había tomado ya un tono marfileño, los encajes volaban a trozos con el airecillo de su respiración, y la humedad de la capilla durante tantos años encerrada, había cargado de polvo hasta formar como una capa de goma seca que lo mantenía rígido, Mila había ido a quitar el polvo, pero encontró los pliegues aplastados uno contra el otro y picados igual que por un taladro. Y la idea de que pudiera deshacerse como un azucarillo si lo movía en exceso, la obligó a dejarlo cuidadosamente. Pero cuando lo veía colgado rígido en la pared, su imaginación añoradiza le hacía llenar el vacío de

aquellas ropas con las carnecillas rosadas y blandas, los puñitos temerosamente cerrados, los ojos muy abiertos y la boquilla de pez de un chiquillo de pocos meses; una divina fruslería con la que siempre, incluso de soltera, había soñado” (pp. 69-70).

Hasta aquí vemos el repaso por las distintas tipologías de exvoto que presuntamente se daban cita en el interior de la ermita y que son objeto del “furor higiénico” de Mila. El relato empieza por los exvotos “antropomórficos”, esas imágenes votivas, mayoritariamente en cera, que según Didi-Huberman (2013, 11) “son orgánicas, vulgares y desagradables de contemplar”. También se pone el foco en las “tablillas polvorientas” (los exvotos pintados), ennegrecidas al principio pero que se revelan coloridas y casi hilarantes una vez limpias. Huevos de avestruz exóticos (un tipo de exvoto no tan habitual) y muletas, zapatos, cabelleras (no era nada extraño ofrecer unas trenzas, por ejemplo) y vestidos, entre los que destaca un vestido que por su descripción podría ser de bautismo, lo que despierta el instinto maternal de la protagonista, instinto frustrado por un matrimonio fallido y la abismal soledad en la que se halla. Pero de entre todos los exvotos e incluso el cierto recelo que le inspira la imagen (suponemos que de un barroco humilde y popular) del santo, habrá un objeto que llamará especialmente la atención de Mila y tomará una relevancia superior. Veamos el relato:

“Cuando un día, a la caída de la tarde, Mila, en la placita de la ermita, cogía la cabellera de mujer –aquella cabellera tan larga y frondosa, que parecía totalmente una faya-, para quitarle el polvo, vio al pastor que, con Baldiret y el rebaño, bajaban de la montaña hacia la ermita.

Llegaron a la plaza cuando la ermitaña, tras darles las buenas tardes, se encaminaba hacia la capilla para dejar la cabellera en su sitio. Entonces el hombre, cogiéndola del brazo con el gancho de la cayada, se lo impidió.

-A ver si sabe, ermitaña, cómo se llama eso que tiene en la mano...

-No... ¿lo sabe usted acaso?

-Todos lo saben por aquí... Es una buena historia, ya verá....

(...)

Además, ermitaña, esta cabellera no es como las otras... El caso es que hace muchos años había una noble dama que tenía una cabellera tan hermosa que el pueblo le puso por nombre Sol de Murons. Con aquella mata de pelo en la cabeza, relucía tanto, que ni hecha de trozos de espejo...” (p. 76).

(...)

“Y realmente todo se arregló gracias a la mediación de san Ponç. Desde aquel mismo instante el primo empezó a mejorar, volviendo de la muerte a la vida. En vista de una ayuda tan manifiesta, la dama cogió el bastidor y empezó a bordar una preciosa cinta. El enfermo dejó la cama, y, ella, a lo suyo, a bordar. Al día siguiente, por la mañana, sin decir palabra a nadie, coge unas tijeras de oro fino y, anda que anda, tira montaña arriba. Con el corazón dolido, subía por los senderos hasta que llegó a la ermita, y cuando sintió el primer tajo de las tijeras le cogió una debilidad en las piernas que a punto estuvo de caer desmayada. Pero había hecho una promesa y había que cumplirla, si no quería caer en las penas del infierno; con las cosas sagradas no se juega, ya sabe... Así pues, se lo pensó muy bien pensado, volvió a coger las tijeras y trac... trac... trac... hasta el último. Luego ató la cabellera con la cinta bordada y la colgó de un clavo de la pared. Cuando bajaba la montaña, no parecía la misma que acababa de subir, la verdad sea dicha. Así es que, cuando el primo la vio ante sus ojos, jadeante como si escapara de galeras, todo era recular y hacerse cruces, como si estuviera viendo un fantasma” (pp. 80-81).

(...)

“Aquella historia enternecedora conmovió el corazón de Mila, inspirándole el deseo de hacer como la cuidadosa ermitaña vieja; al fin y al cabo, aquella pobre reliquia de la dama enamorada, que al principio le daba un poco de asco, no iba a ser menos que todo lo demás de la capilla. En vez de colgarla en la pared, al día siguiente por la mañana la llevó a la terraza, y allí, al resguardo de curiosos y fisgones, fue deshaciendo muy lentamente el nudo de la cinta, de

seda, descolorida y enroscada como si fuera papel, que crugía y se agrietaba al menor contacto; y después se pasó hasta el mediodía a pleno sol, enjabonando, aclarando, escardando, una vez tras otra, la inmensa mata de pelo, que ondeaba lentamente en el barreño lleno de agua, como una mata de anguilas filiformes. Y la alegría se apoderó de su corazón cuando vio que aquella masa compacta, ahuecándose a medida que la iba lavando y aclarando, se esponjaba espléndida bajo sus manos hábiles perdiendo la rudeza y el aspecto apagado de cosa muerta, para recobrar el lustre y la flexibilidad que debía de tener antes. Una vez bien limpia, carmenada y abrigada con cuatro gotas de aceite, la dejó extendida a cubierto para que se secara, y entró a comer. Cuando volvió a la solana quedó asombrada ante el espectáculo que vieron sus ojos; la cabellera toda, seca, resplandecía como un inmenso joyel llameante... ¡No habían sido, pues, mentirosas, las ponderaciones del pastor! Entonces comprendió por qué le habían puesto a la dama el sobrenombre de Sol de Murons, y comprendió también la magnitud del sacrificio de la antigua enamorada: pues, hasta arrancada de la cabeza que un día la sostuvo, era soberano el poder y el encanto de aquella hermosura. A Mila, al contemplarla, le dio como un estremecimiento de alegría y, agitadas las aletas de la nariz y entreabiertos los labios, hundió las dos manos en aquella madeja esplendorosa, la refregó voluptuosamente por sus carnes, hundió en ella el rostro, la enroscó en sus brazos como una serpiente tibia... De pronto, alzando la cabeza con orgullo de mujer soberbia y entornando los ojos deslumbrados, murmuró con cálida y reconcentrada voz:

-¡Ni por todos los hombres del mundo habría dado yo tal riqueza!" (pp. 81-83).

Aparece aquí la cabellera como símbolo primigenio de fuerza vital y sexual en el imaginario erótico masculino (BORNAY 1994, 15). Erika Bornay cita al psicoanalista Charles Berg, que afirmaba que el poder fetichista de la cabellera femenina era un factor determinante en el proceso de selección sexual, puesto que la atracción por el cabello

estaría relacionada con “el desplazamiento que el subconsciente realiza del pelo público al pelo de la cabeza (BORNAY 1994, 16). Pero la paradoja de la cabellera ofrecida al santo es que su poseedora la sacrificó por amor, mientras que el amado, al verla desposeída de su cabellera, deja de amarla o como mínimo deja de sentirse atraído sexualmente por ella. El cabello como sacrificio amoroso que no será recompensado, puesto que la prenda ofrecida era el motivo por el cual la oferente era amada y deja de serlo cuando se desprende de ella.

Y es que la asociación del pelo largo y abundante con la sexualidad e incluso la lujuria –fijémonos en las representaciones decimonónicas de la “femme fatale”, que casi estrangula al amante incauto con su pelo largo como arma mortífera-, también ha sido motivo de condenas y restricciones de tipo moral y se ha considerado símbolo de castidad cortarse el pelo cuando se ingresa al convento o incluso cuando una mujer ya se había casado y no necesitaba atraer nunca más a un hombre. Cuando se miran fotografías familiares de los años setenta del siglo XX, es habitual ver a jóvenes madres de la época con el pelo corto, no como signo de modernidad sino de “comodidad” ante su nuevo cometido de madre y ama de casa, pero que a su vez llevaba implícito la renuncia a presentarse como un cuerpo sexualmente deseable.

En este pasaje de *Solitud*, la visión de la cabellera reluciente y la sensualidad de su tacto, tiene el poder de despertar la conciencia de la propia sexualidad en Mila, la protagonista, que con su murmuro de “Ni por todos los hombres del mundo habría dado yo tal riqueza!” se nos revela en toda su fuerza y determinación –quizás la misma determinación que la llevará a comprender más tarde que su liberación pasa por emprender el camino vital de la “soledad”.

La “limpieza” de los santuarios en la actualidad

Sin ningún tipo de duda, los estragos de la Guerra Civil española, que supusieron en muchos casos la práctica destrucción de una cantidad ingente de patrimonio histórico artístico, cuando no la destrucción completa incluso de los templos, contribuyeron al hecho que el aspecto interior de muchos santuarios o ermitas haya cambiado forzosamente y, en consecuencia, este cambio haya afectado al estado y disposición de los exvotos.

Un ejemplo clarísimo es el santuario de Sant Magí de la Brufaganya (Tarragona), del que se conserva una fotografía centenaria donde se ve el sepulcro del santo, que estaba situado en la nave de la iglesia, junto al presbiterio, completamente cubierto de exvotos, sobretodo de cera i representando distintas partes del cuerpo. Dicho sepulcro fue destruido cuando en santuario fue atacado durante la Guerra Civil, por lo que dicha imagen (y dichos exvotos) forman parte hoy solamente de la memoria oral y gráfica.



Imagem 6

Tampoco se conservan algunas nutridas colecciones de tablillas pintadas, como la que existía en la santuario dels Àngels (Girona), aunque sí que allí se conserva una pila de agua bendita ofrecida a modo de exvoto por un albañil en el siglo XVIII. Aun así, conservamos como más completa las colección del santuario del Miracle en Riner (Solsonès), con más de 300 exvotos pintados conservados y una selección de los cuales se expone hoy en el espacio museístico habilitado expofeso junto al santuario. Alguna de las tablillas es excepcionalmente antigua, del siglo XVI, como la que se conserva en el Museu Comarcal de Manresa pero procedente del mismo santuario del Miracle. Se trata del exvoto ofrecido por Joana Espuga en el año 1595, en acción de gracias después de un parto dificultoso (PARÈS 2009, pp.54-55).



Imagem 7

También es singular el exvoto esculpido, del siglo XVII, en el que se muestra a un hombre cayendo al vacío y que presuntamente sería salvado por la intervención milagrosa de la Virgen. La excepcionalidad de este exvoto es su propia calidad artística, puesto que al tratarse de escultura policromada y dorada, podemos suponer su ejecución a cargo de algún escultor fabricante de retablos, cuyos talleres proliferaban en el siglo XVII y en ciudades cercanas como Manresa o Cardona, en un contexto histórico-social donde abundaba la producción de un arte estrictamente devoto.

modo que en el santuario de la Virgen de Nuria, quienes desean ser padres ponen la cabeza en la cavidad de una antigua olla que según la leyenda correspondía a San Gil, patrón de los pastores montañeses. Pero volviendo a San Ramón, a pesar de esa “especialidad” pre i neo-natal, otorgada por su propia leyenda hagiográfica según la cual nació del vientre de su madre muerta, los exvotos presentes en su santuario son de lo más variados y van desde todo tipo de accidentes en el caso de los cuadritos pintados hasta cualquier miembro del cuerpo representado en cera, lo que pone de manifiesto el carácter “territorial” de la devoción. San Ramón sería, pues, el santo más popular de un territorio de la Cataluña interior (comarca de la Segarra en su sentido histórico y geográfico) y como tal era invocado para todo tipo de favores, privilegiando aquí su “prestigio” y “efectividad” por encima de su “especialidad”.

Otra tipología que abundaba en los santuarios catalanes del litoral eran los exvotos marineros, materializados a veces bajo la forma de una maqueta de barco, hecha a pequeña escala y a semejanza de un navío que consiguió llegar a puerto después de sortear un naufragio o de una travesía accidentada. De estos exvotos se conserva una notable colección en el Museo Marítimo, y solo en algunos casos los hallamos hoy “in situ”, como en el santuario del Vinyet en Sitges o la ermita de San Magí en Tarragona. De todos modos, dependiendo del origen de los afectados por una mala travesía naviera, también podemos encontrar exvotos de tema marítimo en santuarios de interior, como el de la Virgen del Queralt en Berga, donde un lienzo de notables dimensiones que representa un barco en medio de una tormenta nocturna y el texto siguiente: “Los romeus de 1894 salvats miraculosament al torná de Roma”. El hecho recuerda la peregrinación obrera que hicieron a Roma un grupo de ciudadanos Vic (pequeña ciudad de la Cataluña interior) y como al volver, el vapor “Bellver” en el que viajaban chocó contra una roca que hizo un boqueta en la quilla del navío, lo que hizo temer por un naufragio que finalmente no se produjo.

En definitiva, por lo que respecta a variedad y tipologías, los exvotos catalanes no se diferencian grosso modo de los que podemos hallar en otros santuarios hispánicos y en todo el ámbito perteneciente a la cuenca mediterránea e incluso la práctica totalidad del territorio europeo, siendo esas prácticas trasladadas en parte al continente americano. Necesidades comunes, favores y pedidos inherentes a la condición humana. Pero sí queremos resaltar un aspecto que nos parece en cierto modo distintivo y significativo de la realidad actual catalana respecto a su relación con los exvotos y que es su progresiva desaparición en el sentido tradicional, impulsada en cierto modo por los propios santuarios, que parecen apostar por el hecho que la acción de gracias del devoto por el favor concedido se materialice cada vez de un modo más aséptico y espiritual, en detrimento su “materialización” en objetos.

Un ejemplo significativo lo hallamos en el santuario de la Virgen de Montserrat, el más importante y concurrido de toda Cataluña, donde los exvotos antiguos pasaron a formar parte de las colecciones del Museo (actualmente no se hallan expuestos) y los exvotos “actuales” se depositan en un espacio aséptico, liminar, entre el atrio y el patio de acceso a la basílica. Una sala cuadrada en la que se disponen unas estanterías con información del santuario y una especie de estantes o bancos arrimados a la pared para poder depositar las ofrendas. Un facistol sostiene un libro abierto de firmas y dedicatorias y en la pared cuelga un cartel que especifica que las ofrendas serán retiradas de dicho espacio el primer jueves de cada mes, sin que puedan ser reclamadas.



Imagem 9

Un concepto aún más radical se observó durante un tiempo en el antes mencionado santuario de la Virgen de Queralt, donde otro cartel rezaba explícitamente (hasta hace poco tiempo) que por motivos de “higiene” no se depositaran exvotos u ofrendas bajo la forma de objetos, sino que se utilizara el libro de firmas para agradecer los favores recibidos o para realizar pedidos. Actualmente dicho cartel ya no está, pero el espacio para las ofrendas se halla circunscrito a una especie de nicho o urna encastada en el muro donde se depositan fundamentalmente fotos o escritos, que el visitante puede ver a través de un cristal. Llamen la atención la profusión de lazos amarillos e insignias que hacen referencia al clamor por la libertad de los presos políticos catalanes. De todos modos, otro detalle que resulta significativo es el hecho que, a diferencia de Montserrat, en Queralt los fieles no pueden depositar su ofrenda –sea un texto, foto u emblema-

directamente en un espacio *exprofesso* o directamente dentro de dicha urna, sino que tienen que dirigirse a quien en el santuario se ocupa, entre otras cosas, de dichos menesteres.



Imagem 10

En este sentido, no podemos descartar que la tendencia actual a prescindir de la “acumulación” de exvotos en los santuarios (y significativamente, en los santuarios más importantes de Cataluña) esté relacionada con una cierta visión “higienista” y vinculada a una mayor austeridad, propiciada por un cambio tan importante en la liturgia como fue el Concilio Vaticano II, pero que en Cataluña se estaba ya gestando después de la Guerra

Civil, cuando incluso sacerdotes como Juan Ferrando Roig, después de la destrucción patrimonial que supuso la Guerra, reflexionan sobre la necesidad de acabar con ciertas prácticas consideradas incluso de “mal gusto”. Así lo expresa en su obra *Dos años de arte religioso*:

“De un siglo acá, la mayor parte de nuestras iglesias se habían convertido en verdaderos bazares de quincalla y de mal gusto. El espíritu de lo barato presidía todo, como si se tratara de engañar al mismo Dios, rodeándole de una falsa apariencia de esplendor, tras de la que no había en definitiva más que nuestra mezquindad y nuestra falta de fe. Flores de papel o de trapo, imágenes de yeso o de cartón-piedra, fabricadas en serie, como pueden fabricarse los zapatos. Candeleros de latón de formas aparatosas con sus largos canutos que permiten aprovechar hasta las últimas escurriduras de las velas, en substitución avarienta de unos cirios que la liturgia impone, pero que nuestra roñosería nos impedía comprar; velas de pseudocera, en las que se escatimaba la calidad hasta el máximo límite; ornamentos de pacotilla y de formas absurdas imitando seda, damasco o brocado y en realidad fabricados de mezclas de algodón, más o menos ingeniosas; hasta vasos sagrados de latón a los que el uso les iba desnudando de su leve careta plateada...”
(FERRANDO ROIG 1942, 9-10).

De todos modos, vaya de antemano la afirmación que la destrucción masiva de espacios y patrimonio religioso sufrida durante la Guerra Civil –y que en Cataluña fue especialmente cruda- fue uno de los factores más determinantes a la hora de modificar los espacios dedicados a los exvotos. Es decir, imágenes que hoy se nos presentan como insólitas, como la mencionada anteriormente del sepulcro de San Magín cubierto completamente de exvotos, se habrían mantenido de no ser por el saqueo de dicho santuario y tantos otros? En definitiva, que textos como los de Juan Ferrando Roig y las varias prácticas mencionadas y observadas en los principales santuarios nos indican que en Cataluña se ha tenido una especial predilección por una “limpieza” física y conceptual, pero la ingente pérdida de patrimonio en 1936 fue la primera gran “limpieza” real.

De todos modos, en la inmediata postguerra, la práctica de ofrecer exvotos siguió en la mayoría de santuarios, y en los más pequeños y hoy “olvidados” encontramos

ejemplos que podríamos situar cronológicamente en los años cincuenta o sesenta del siglo XX. Sería el caso del santuario de la Virgen del “Camí” en Granyena (Segarra), donde se conservan aún numerosos ramos de novia, lo que indica que dicha ermita era un lugar concurrido para la celebración de casamientos, la ermita de la Virgen de Santesmasses en Sedó (Segarra), donde los exvotos conviven con la exposición en una vitrina de los antiguos vestidos de la Virgen o el de la Virgen del Portal (Prats de Rei), donde hallamos curiosos ejemplos de exvotos aún pintados en tiempos ya muy contemporáneos, que cronológicamente llegarían a un período de postguerra. Entre dichos ejemplos hay accidentes automovilísticos, de bicicleta, una escena en un hospital “contemporáneo” e incluso una escena de un atraco, que podríamos relacionar con las violentas escenas de bandoleros que aparecen en los exvotos del santuario del Miracle, pero que aquí han cambiado las antiguas armas por modernas pistolas o revólveres.



Imagem 11



Imagem 12



Imagem 13



Imagem 14

Incluso como último ejemplo de exvoto in situ, podríamos citar, solitario, el que hallamos en la recóndita ermita de la Virgen de la Montaña, en Caregue, una aldea en el corazón de los Pirineos y donde un soldado perteneciente al Tercio de Montserrat, da las gracias por haber sobrevivido a aquella cruenta guerra. Se trata en este caso de un dibujo que representa unos soldados “requetés” (como se les denominaba a los mencionados “tercios” de Nuestra Señora de Montserrat) fusil en mano en una montaña, con una imagen de la Virgen de Montserrat situada en un plano superior a la derecha. Dicha imagen suponemos sería una alusión a la “patrona” de dicho regimiento, pero llama la atención el hecho que la imagen representada no sea Nuestra Señora de la Montaña, que es a la cual se ofrece el exvoto. Podría ser que quien lo ofreció no fuese quien dibujó la escena, y el dibujante no conociera la imagen de Caregue y optara por representar a la patrona del Tercio y a su vez patrona de Catalunya?

Finalmente, no queremos dejar de citar la singularidad del santuario de Font-romeu, situado en el Pirineo, en el territorio que desde mediados del siglo XVII pasó a formar parte administrativa del estado francés. Aún hoy en día la disposición de los exvotos es la más parecida a la que muestran las fotografías antiguas, sea porque al hallarse ya en territorio francés dicho santuario no sufrió los estragos de la Guerra Civil, sea porque en la región no se ha dado la misma tendencia “higienista”, de modo que hoy en día el mantenimiento y la profusión de esta muestra de exvotos “in situ” tiene un carácter patrimonial y folclórico, mientras que en Cataluña se ha hecho una distinción clara entre la “patrimonialización” de los exvotos antiguos (fundamentalmente los cuadritos de madera) y se los ha separado de su lugar de origen para exponerlos en un museo, como sería el caso del Museo Etnológico de Ripoll, que reúne una muestra interesante de exvotos pintados procedentes de varios santuarios y ermitas de la provincia de Gerona.



Imagem 15

Pero en definitiva, no deja de ser evidente que hace años, seguramente a partir de la década de 1970 (quizás consecuencia del efecto, que llegó con retraso, del Mayo del 68?), asistimos al epílogo de dicha tradición, tal y como se pone de manifiesto en el siguiente texto, presente en una página web dedicada a los santuarios catalanes y sus exvotos y donde se produce este lamento:

“La historia de los exvotos está llegando a su fin. Después de un largo recorrido de miles de años, una costumbre tan arraigada a nuestra cultura ha pasado a ser un recuerdo de nuestros mayores o una curiosidad que podemos encontrar en algún rincón de un museo local o en los escasos santuarios o ermitas que se han resistido a desprenderse de este tesoro de la devoción popular.

Quizás por el exceso de información que recibimos en la actualidad, la memoria colectiva se pierde mucho más rápidamente que en ninguna otra época. No hace mucho que santuarios y ermitas de gran devoción recibían continuamente dádivas y exvotos, ahora unas muletas o un tocado de novia, ahora unas trenzas o un cuadrito, quizás una gorra militar o bien una pierna o cabeza de cera. Hijos y

nietos de estos donantes desconocen la costumbre y se sorprenden cuando ven la ofrenda que sus padres o abuelos habían hecho, tan solo unas décadas antes, a la Virgen o al santo titular del santuario visitado.

Junto con los exvotos ha desaparecido toda una industria dedicada a su fabricación y comercialización: cereros, pintores, carpinteros, estamperos... Vivían o se hacían un pequeño sobresueldo confeccionando piezas hechas en serie o a medida para ofrecer como presente. Solamente los cereros como fabricantes de cirios mantienen el privilegio de que sus productos puedan ser ofrecidos a la divinidad en señal de agradecimiento por una gracia concedida”.

Tampoco podemos olvidar que la decadencia del exvoto como práctica devocional se ha acompañado de una decadencia generalizada del culto en los propios santuarios, con contadas excepciones en Cataluña como la de Montserrat, pero donde el culto queda diluido en un turismo de masas de grandes proporciones. Precisamente, a nivel histórico, la devastación del monasterio y santuario de Montserrat por parte del ejército napoleónico constituyó de algún modo un símbolo a principios del siglo XIX de la decadencia inexorable de los santuarios, aunque la pérdida y abandono de algunos de ellos se produce ya en el siglo XX. Aún así, es innegable que durante el siglo XIX asistimos a una inevitable pérdida de vitalidad de la religiosidad popular generada en torno a los santuarios –impulsada ya desde finales del siglo XVIII, con el progresivo intento de regularización y control de la fiesta y de determinadas manifestaciones religiosas.

Asimismo, tanto el santuario de Montserrat como el de Núria vivirán, entre los siglos XIX y XX el primero y ya bien entrado el siglo XX el segundo, considerables procesos de renovación arquitectónica, que en el caso de Núria se traducirán en un edificio casi completamente de nueva planta, donde los exvotos a la manera tradicional no tienen cabida y han sido sustituidos por unas baldosas que decoran el camarín de la Virgen y otros espacios adyacentes, todas del mismo color y tamaño y donde figuran el nombre del donante.

De este modo y dejando de lado los estragos de la Guerra Civil, también habrá santuarios que sucumbirán al abandono, sea provocado por un hecho inesperadamente trágico –como el incendio que arrasó el santuario de San Joan de l’Erm–, sea a causa de otras inercias o dinámicas cambiantes, como el progresivo despoblamiento de las zonas de montaña y, en general, de las zonas rurales.

Entre las causas de abandono o caída en “desuso” de algunos santuarios, hemos de tener en cuenta su ubicación geográfica y los cambios de índole socioeconómica que se han producido a lo largo de los años. Así por ejemplo, el santuario de Gresolet (Berguedà) ya no es refugio de pastores transhumantes que pasaban días fuera de sus casas. La “presencia” de dicho santuario en aquel lugar (ahora convertido en un paraje “incómodo” y casi inhóspito) ha perdido su sentido y utilidad y es por eso que incluso la antigua imagen de la Virgen de Gresolet se venera ahora en la parroquia vecina de Saldes. Así ha sucedido en otros casos en los que el santuario ha dejado de ser un punto importante dentro de una antigua ruta transhumante o comercial.

Aún así, hoy en día no son pocos los santuarios que siguen celebrando su “aplec” o “romería” anual. Y aunque este tipo de evento haya perdido también su trascendencia respecto a la importancia que tenían anteriormente para hacer negocios o incluso para concertar matrimonios, hoy en día se han convertido en un agradable motivo de reencuentro vecinal, que a menudo sirve para que los que son originarios del lugar pero residen fuera, mantengan la fecha de la fiesta como referente sentimental para “volver a casa”.

En definitiva, la supervivencia de la red de santuarios catalanes que visitó Narcís Camós hace más de tres siglos ha sido desigual, por lo que queremos recuperar las palabras con cierto tono elegíaco (escritas ya a principios de los años 70) del escritor Josep Pla para concluir nuestro artículo:

"Aquellas rosas de San Ponce las he transportado en la memoria durante decenios. Me han servido para comparar muchas cosas de la vida –a menudo cosas aberrantes. Más tarde, en una de las revoluciones gratuitas que hace este país de forma intermitente, la capilla fue demolida, el santito destruido, todo arrasado y la romería no se celebró nunca más. La capilla debe utilizarse hoy como almacén. Era poca cosa –nada. Una minucia del barroco agrario de mi pueblo, rústica, modesta, baratísima. Eso sí: yo no defiendo aquella capilla por razones estéticas. Estas razones, para mí no han existido nunca. Yo defiendo aquella capilla por un sentido de continuidad, de tradición, de respeto a los hombres y a las mujeres que pasaron a mejor vida, que vivieron y sufrieron en este mundo, como nosotros también vivimos y sufrimos en él. El país que no tiene ese respeto, ese punto de reconocimiento, es un país de locos y de primarios.

Cambiad el sentido político, pero respetad las pequeñas e insignificantes cosas que nos dejaron los antepasados, quizás tan miserables –en este país- pero también fascinadoras, magníficas”.

Josep Pla (*Les hores*, 1971).

Bibliografia

- AMADES, Joan: *Els exvots*, Barcelona: Orbis, 1952.
- ANTON PELAYO, Javier: “La historiografía del segle de les llums (de Maians a Capmany)”, a BALCELLS, Albert: *Història de la historiografia catalana*. Barcelona: Institut d’Estudis Catalans, 2003, p. 117-139.
- BARÓ, Xavier: “La historiografía catalana en el segle del barroc (1585-1709)”, Tesi doctoral Universitat de Barcelona, 2005; apareguda posteriorment a les Publicacions de l’Abadia de Montserrat, 2008.
- BARÓ, Xavier: “La historiografía catalana en el segle del Barroc”, *Pedralbes. Revista d’Història Moderna*, 26 (2006).
- BORNAY, Erika: *La cabellera femenina*. Madrid: Càtedra. 1994.
- BOSCH, Andreu: *Summa, índex o epítome dels admirables, y notabilíssims títols de honor de Catalunya, Rosselló, y Cerdanya...* Perpinyà: 1628.
- BRUNET, Serge i MARTIN, Philippe: “De l’espace sacré dans la tradition chrétienne”, a BRUNET, S. i MARTIN, P. (dir.): *Paysage et religion. Perceptions et créations chrétiennes*. Actes du CXXXV^e Congrès national des sociétés historiques et scientifiques Paysages, Neuchâtel, 2010. Éditions du Comité des Travaux Historiques et Scientifiques, Collection CTHS Histoire, 2015, p. 7–18.
- BRUNET, Serge: *Les prêtres des montagnes. La vie, la mort, la foi dans les Pyrénées centrales sous l’Ancien Régime: Val d’Aran et diocèse de Comminges*. Aspet: Pyrègraph, 2001.
- BRUNET, Serge: “Les Pyrénées au XVI^e siècle: una frontiera política et religieuse”, *Annals 2012-13. Ibix*, 8 (novembre 2014), p. 41-67.
- CAMÓS, Narcís: *Jardín de María, plantado en el principado de Cataluña*. Girona: 1772.
- CATALÀ, Víctor: *Soledad*. Madrid: Ediciones Lengua de Trapo, 2009.
- CHRISTIAN Jr., William A.: “De los santos a María: panorama de las devociones a santuarios españoles desde el principio de la Edad Media hasta nuestros días”, a *Temas de Antropología Española*. Madrid: Càtedra, 1976.

- CHRISTIN, Oliver: “La mundialización de María. Topografías sagradas y circulación de imágenes”, *Relaciones. Estudios de Historia y Sociedad*, n.139. Michoacán: 2014.
- FELIPÓ, Ramon: *Queralt, el Santuari de la Mare de Déu*. Barcelona: Llibres de l'Índex, 2013.
- FELIU DE PEÑA, Narcís: *Anales de Cataluña*. Barcelona: Joseph Llopis, Jayme Svrià, Juan Pablo Martí, 1709, vol. I.
- FERRANDO ROIG, Juan: *Dos años de arte religioso*. Barcelona: Amaltea, 1943.
- GARGANTÉ, Maria i SOLÀ, Xavier: “La fotografia antiga i la recuperació del passat. La parròquia rural d'acord amb les imatges. El fons fotogràfic Josep Salvany”, *Revista d'Etnologia de Catalunya*, 37 (deseembre de 2010), p. 173-176.
- GARGANTÉ, Maria i SOLÀ, Xavier: *Santuaries, capelles i ermites. Geografia sagrada de la muntanya a Catalunya*. Barcelona: Institut d'Estudis Catalans, 2017.
- GIL, Pere: *Libre primer de la Història Cathalana en lo qual se tracta de història o descripció natural, ço és, de coses naturals de Cathalunya* (1600).
- MARÈS, Francesc: *Història i miracles de la sagrada imatge de Nostra Senyora de Núria*. Barcelona: Editorial Alta Fulla, 2000 [1a. edició de 1666].
- MARTIN, Ph.: *Les chemins du sacré: paroisses, processions, pèlerinages en Lorraine du XVIè siècle au XIXè siècle*. Metz: Éd. Serpenoise, 1995.
- PARÉS, F.: "La iconografia mariana i dels sants", dins *Art de Catalunya*, vol. 13. Barcelona: L'Isard, 1999, pp. 234-237.
- PRAT CARÓS, J.: “Los santuarios marianos en Cataluña: una aproximación desde la etnografía”, dins AA.DD., *La religiosidad popular. III. Hermandades, romerías y santuarios*, Barcelona: Antrhopos, 1989, p. 211-252.
- PUIGVERT, Joaquim M.: *Església, territori, sociabilitat als segles XVII i XIX*. Vic: Eumo Editorial i Universitat de Vic, 2001.
- PUJOL COLLS, Adrià: “Els miracles del Miracle. Els exvotos pintats del Santuari del Miracle”, *Revista d'Etnologia de Catalunya*, 3 (2010), p. 250-252.
- ROMA CASANOVES, Francesc: *Del paradís a la nació. La muntanya a Catalunya, segles XV-XX*. Valls: Cossetània, 2004.
- SALA, Raymond: *Dieu, le roi, les hommes. Perpignan et le Roussillon (158-1830)*. Perpinyà: El Trabucaire, 1996.
- SERRES-BRIA, Roland: *Aspects du culte marial en Roussillon et Catalogne*. Perpinyà: Association pour la Valorisation du Patrimoine Chrétien Roussillonnais, 2012.
- SERRES-BRIA, Roland: *Les Ermitages du Roussillon et leurs Ermites*. Perpinyà: Société Agricole Scientifique et Littéraire de Pyrénées-Orientales, 2003.
- SOLÀ, Xavier: *La Reforma Catòlica a la muntanya catalana a través de les visites pastorals: els bisbats de Girona i Vic (1585-1800)*. Girona: Associació d'Història Rural de les

comarques gironines, Centre de Recerca d'Història Rural (Universitat de Girona) i Documenta Universitaria, 2008 [Biblioteca d'Història Rural - Col·lecció Estudis, 12].

VERT, Josep: *La indústria de la cera, ex-vots i les devocions populars*, Torroella de Montgrí, 1987.

ZAMORA, Francisco de: *Diario de los viajes hechos en Cataluña*. Barcelona: Ariel, 1970.